

Hernán Jaramillo T.

La agonía de Emilio

(cuento)



El hermano Emilio tenía unos ojos azules y luminosos. De pequeño era rubio como un trigo de diciembre. Personalmente se creía, a los cinco años, el niño más hermoso de la tierra.

—Soy bonito—decía.

Era bonito, caprichoso y cascarrabias. La ira ponía en su rostro el afeite purpúreo de una manzana madura. Pateando un poco berreaba como un cerduco regalón cada vez que los azotes se encontraban con sus asentaderas. Creció con la exuberancia de la hierba silvestre; dió unos cuantos dolores de cabeza a mi padre; fué muchacho incorregible, adolescente turbulento y vino a sentar el seso a los veinticinco años, época en que se le ocurrió casarse.

Fué marido ejemplar y tuvo una mazorca de chiquillos.

—Esos cobardes que no tienen hijos—me decía.

Y tenía su mujer un bebé cada año.

Y trabajaba, trabajaba Emilio. Como los bueyes de nuestros campos de Linares, labraba cada día un nuevo surco. Tenía la única cualidad de nuestra familia: era trabajador. Personalmente tenía muchas otras cualidades, pero, es claro, eran suyás propias, porque nuestra parentela tuvo siempre una gran falta de ellas y sí una envidiable abundancia de defectos.

Cursó Emilio hasta un cuarto año de Escuela de Artes y Oficios y como mi padre se cansara de sus bellaquerías le hizo entrar en una fábrica del Ejército. Allí transcurrió su vida y a eso me referiré ahora cuando voy a contar su agonía, que es curiosa como un cuento.

Robusto roble humano, su tocado de todo los días era un baño de medio cuerpo, desnudo de la cintura para arriba, resoplando como un toro enojado a cada buche de agua que se lanzaba al rostro. Mi hermano era viril hasta para lavarse la cara, lo que no impidió que una bronconeumonía le secara sus carnes en ocho días y agonizara una media mañana, pálido y exangüe como un monje medioeval. Voy a contar esa agonía porque es un poco curiosa, al menos para mí que fué la primera que ví en mis años.

Era la maldita fábrica su obsesión. Amarrado a ella muchas veces decía que la odiaba; pero yo pienso que los talleres, el embarque de fierro y las laminado-

ras eran para él como los trenes para los ferrocarrileros.

—El día que yo me muera—decía en sus fiestas, un poco ebrio, el pito de la fábrica tiene que sonar dos veces.

—Y si toca una sola vez—le interrumpió alguien.

—Entonces no me muero—contestaba.

Y adquirió fama de chistoso en todas partes; fama de chistoso, de buenos dientes para los asados, y de no mal paladar para el buen vino, hijo de la uva morena, porque, aun cuando era un poco rubio, siempre fué adicto a la ley de los contrastes.

Su enfermedad y su agonía son cosas muy curiosas. Un resfrío le echó al lecho un sábado en la tarde. Fui a verle el domingo en la mañana y le encontré con un romadizo que tenía poquísimos deseos de madurar. Le aconsejé un sudor. Al domingo siguiente supe que había agonizado varias veces en la semana. Es claro que yo no quiero contar sino su última agonía.

Hubo el consabido desfile de médicos. Muchos drogas. Hicieron de su cuerpo un laboratorio de ensayos. El soportó los médicos, soportó las drogas. Me contaron que en sus momentos de delirios confundía a los galenos con vendedores de fierro. Todo me lo contaron porque estuve ignorante de su mal una semana y sólo le ví un instante, en lo más crudo de su agonía, cuando un clérigo le daba la extremaunción. Esto lo contaré muy pronto.

Todo el mundo confiaba en que recuperaría su sa-

lud igual a un roble, joven todavía, que echaba manotadas de agua sobre su cuerpo desnudo en las gélidas mañanas invernales, no iba a entregarse así.

Pero una tarde la junta de médicos, llena de confianza, anunció un procedimiento maravilloso para acelerar la curación. El oxígeno; ¡oh, el oxígeno daba óptimos resultados! ¡El oxígeno y el suero! ¡Cómo no se les había ocurrido antes el oxígeno!

Todos quedamos satisfechos, tranquilos y confiados. Al siguiente día le desahuciaron y yo fuí por la mañana a estar en su casa en su último día sobre la tierra.

Comía uvas y pedía con insistencia aguas minerales. El mismo chiquillo voluntarioso de treinta y tantos años atrás; a un paso de la muerte y porfiado, glotón, antojadizo...

El día despejado, caluroso, era un pedazo de verano en medio del otoño. Bajo el emparrado de su casa miré los últimos pámpanos olvidados entre el follaje amarillento, luminosos de sol, que escondían su almíbar en la alargada botija cristalina.

Pero Emilio iba a morir en ese día espléndido. En la casa amplia, vetusta y medio derruida, flotaba ya un sopor de muerte que ningún sol, ninguna esperanza podía desplazar.

Médicos, enfermeros, salían del cuarto mortuorio. Empleados y jefes de la fábrica iban y venían nerviosos. La fábrica misma a tres escasas cuabras, con su alta chimenea humeante, movía con estrépito sus talleres; se descargaba el fierro viejo, iba a los hornos,

plasmábanlo las laminadoras. Emilio en su delirio ordenaba:

—¡A un peso ochenta el kilo y no más de cien kilos! ¡Háganle la orden!...

A un peso ochenta el kilo decía a los treinta y ocho años, el mismo rapazuelo que a los cinco años era rubio como el trigo de diciembre y se creía el niño más hermoso de la tierra.

—¿Cómo sigue el señor Jaramillo?—preguntaban a cada rato los emisarios de la fábrica.

—¡Ah, diablos! Era el señor Jaramillo el del peso ochenta. ¿Dónde estaba el Emilio pequeñín, rubio, zarco, de mejillas tersas como una porcelana? ¿Dónde estaba? En alguna parte tenía que estar. Desde luego en mi recuerdo. Y buscándolo, buscándolo en un larguísimo peregrinaje de más de treinta años, tenía que encontrarlo en un lecho de enfermo, entre dos sábanas húmedas con el sudor de su cuerpo.

Pero para hallarlo materialmente tuve, en buenas cuentas, que esperar un antecesor fatídico; un curá de negra vestimenta; un introductor pollerudo y solemne que iba a ayudarle a bien morir. Entonces me colé a su zaga y es aquí donde en realidad hago el relato de su agonía.

Había tres personas en la estancia: el sacerdote, un practicante, una enfermera. El primero ya rezaba sus latines. Yo me coloqué con audacia a los pies del catre. Quedamos frente a frente. Hacía una semana que le había visto. El abrió sus ojos intensamente azules y

se encontraron nuestras miradas como dos rayos de sol; moribundo el uno, el otro con muchos deseos de morir. Amarilleces en su rostro bajo una barba crecida; la boca semi-abierta y una ronquera jadeante era su respiración. Los ojos azules los movía de un lado para el otro; miraba alternativamente al cura, al practicante y la enfermera. Tengo la idea de que ya no me miró más a mí. Era un mirar insistente, alocado. ¿Por qué movía tanto sus ojos azules? No parecía amedrentado. El roble estaba deshecho, enflaquecido, parecía un colgajo de hombre, pero sin duda tenía muy hondas sus raíces. Hizo todo cuanto le ordenó el cura. Sus manos exangües bajaron de la frente ebúrnea al pecho oprimido, completaron la cruz atravesando de un hombro al otro y quedaron sobre las ropas, cansadas, reposando como dos peregrinos antiguos. Tenía cansancio en sus manos, pero los ojos azules eran dos diablillos ganosos de moverse; se movían en un ritmo de inefable cadencia. Ellos solos eran los que estaban sorbiendo un poco de vida, aún Los mismos ojos infantiles que fueron hermosos desde que los abrió a la luz de la vida y que eran más hermosos ahora que se iban a cerrar ante la sombra. El sacerdote mascullaba preces en latín. Creo, y estoy casi seguro, de que Emilio no le entendía, porque tengo la convicción de que nunca llegó a conocer siquiera las derivaciones. Pero, sin entenderlo, lo miraba. Miraba también la vela que mantenía en sus manos trémulas el practicante y miraba a la enfermera. Su vista errabunda parecía buscar en qué posarse. A veces creí que le

atraía la llama. Tan dorado como la llama era su cabello de niño, pero desde entonces habían caído muchas noches sobre su cabeza y en la actualidad, era su pelo casi negro. El fraile llegó al fin a tirarle agua bendita con un hisopo. ¡Tirando agua con un hisopo a él que le placía echársela a cántaros sobre su pecho ancho, sus espaldas robustas, el cuello de toro! A él le echaba el fraile unos chispazos miserables. Y Emilio parecía satisfecho de todo; quizás creía que eran chorros de agua que le caían encima, porque, en la pequeñez, de su hora de agonía, debió verlo todo muy grande. Y lo grande, lo verdaderamente grande, al menos en mi opinión, era sólo ese mirar insistente. Esos ojos azules merecieron, por su rebeldía a la muerte, no haber salido de esta vida. Pudieron haber sido arrancados de sus órbitas y buscado algo precioso en qué engastarlos. Pero ¿qué interés tenía entonces el destino en llevarse lo demás? Si lo demás era ya suyo; sólo se resistían aquellas dos preciosas luminarias y para apagarlas necesitó el destino hora y media de agonía. Hora y media luchó Goliat con David; con un David que era como un racimo de carne desgajada y que le combatió solamente con los ojos.

Bueno, lo demás es muy sencillo. A esa hora, por primera vez, la sirena de la fábrica sonó estridente y vocinglera. Ella anunciaba una fausta nueva. Uno de sus esclavos favoritos ponía el primer paso en los dinteles de la eternidad. Durante muchos años le había sacado uno a uno sus esfuerzos. Tal vez a Emilio no

le importaba mucho que se los sacara, porque tengo la idea de que se creía bien premunido de ellos. Día a día le entregaba un esfuerzo. La fábrica entonces lo consumía sabe Dios en donde; quizás un día en el taller de laminación, otro día en las bodegas; no sería raro también que algo fuera a la sección embarques. Para la fábrica era un asunto muy simple: nutrirse de lo que él que se creía a los cinco años, el niño más hermoso de la tierra, le diera cada día.

Afuera oscilando entre los sarmientos, entre zarcillos medio secos, yo veía colgar los pámpanos de uva. Eran uvas blancas, alargadas. Parecían ojos humanos, pero no azules. Siempre estaban cristalinos de sol; yo sabía que adentro Emilio seguía mirando; ahora al médico y sus enfermeros, pero ya no veíamos sus ojos azules ni el fraile ni su hermano. Todavía deben haber mirado mucho, como en un empeño de acaparar bastante luz para una caminata tan larga por la oscuridad.

Me contaron que persistió en su delirio de la fábrica. La fábrica, la fábrica, la fábrica. Él decía a veces que la odiaba, que quería irse al campo; sembrar papas, criar cerdos, tener colmenares, frutas, aves. Pero llegó a pensar que la fábrica y él habían hecho secretamente una ligazón con sangre. No se explica de otro modo que ella hubiera paralizado su trabajo cuando Emilio entró en agonía. Es claro; así tuvo tiempo para trasladarse espiritualmente a su lecho de enfermo. También debió ver, como vimos nosotros, el

mirar alocado, errabundo y cadencioso de sus ojos azules. Quizás Emilio le confió a ella lo que a nadie de su familia le confió. Me asalta el presentimiento de que esta bribona hizo de mi hermano lo que hacen los alacranes hembras con sus machos amantes: vino a devorarlo. Eso fué. Por cierto que ni el médico ni los enfermos tuvieron ojos para ver como se lo comía. A lo mejor fué ella quien comenzó a las once y media a beberse esa luz de sus ojos azules. Ella la bebió; venció al destino y a la muerte. Y con lo tragona que debe ser, necesitó una hora y media para bebérsela toda. ¡Beberse esa luz como los dioses olímpicos bebían la ambrosía! ¡Qué hartazgo se ha dado!

La fábrica era voraz, más bien cuidaba de sus intereses como una solterona. Ella no podía detener la marcha del sol, de ese mismo sol que iluminaba a través de su cutícula transparente el almíbar de las uvas otoñales, grandes y ovaladas como ojos humanos. Había que hartarse de la luz de los ojos de Emilio, dejarlos exhaustos de ella y trasladarse a la hora precisa, a ver la llegada y luego el trabajo de medio millar de sus demás esclavos. Hay que agradecerle el homenaje especial que hizo a Emilio de dispensarle una hora y media de su almuerzo a él solo. La hora y media que habitualmente ocupa en digerir todos los sudores de los obreros macilentos. No podía menos de ser así, porque no todos los días se había de dar un banquete con la luz irradiada por unos ojos azules, ovalados como las postrimeras uvas del parrón.

Es claro, todo tiene su término. También este relato. Próxima, muy próxima, con diferencias de segundos solamente, a la una de la tarde, terminó por fin la luminosidad del que había sido, según su idea por supuesto, el niño más hermoso de la tierra. Y entonces la fábrica, dando pruebas de magnificencia, de una largueza inacostumbrada, con la pompa de una misa gregoriana, dejó oír por segunda vez, como un lamento largo y quejumbroso, hay que reconocerlo, la sirena de su jornada de la tarde.

Y así fué como agonizó Emilio y se apagaron las miradas de sus ojos azules.